

La nacionalidad no habia sido hechizada con Carlos II, no habia sido vencida en Villaviciosa; la nacionalidad la habia heredado el único heredero de la nacionalidad, la nacion; y, señores, en aquellas circunstancias la nacion eligió un rey; Fernando VII fue un rey revolucionario, fue un rey como Luis Felipe. El rey Fernando VII, rey en vida de su padre, fue un rey debido á la política reaccionaria de la Francia, y en nombre de esa nacionalidad y de ese aborrecimiento subió al trono. Y con este ejemplar, señores, nos hemos destetado la generacion presente.

El *pacto de familia* no estorbó entonces que se dieran las manos los ingleses y los españoles sobre este terreno para defender la nacionalidad; y sin embargo, señores, ¿qué conseguimos? Nos desangramos estérilmente con tantas jornadas y tantos combates habidos durante tantos años: aquella política que debe de recobrar nuestro territorio, ese fin debe ser el fin lento y sucesivo, pero perenne, de todos los Gobiernos españoles; pero ese principio, legado por Fernan-Gonzalez y San Fernando y por los descendientes de Pelayo, hubo entonces una magnífica ocasion de realizarle, y esta ocasion se desperdició, y no se consiguió nada; y quedaron en manos ajenas las bocas robadas de nuestros rios, aquellas costas que son como el techo de nuestra vivienda, como el sitio de nuestra almohada. La integridad de nuestro suelo quedó en poder de los extranjeros, y nosotros no tuvimos compensacion ninguna en el tratado de París; no tuvimos ninguna indemnizacion en el Congreso de Viena. ¿Por qué, señores, por qué fuimos los más desvalidos en aquel Congreso despues de haber sido los más temerarios, los más denodados, los más fuertes? Porque tanto heroismo no estaba exento de la abnegacion de la nacionalidad; porque nosotros habiamos estado demasiado representados por los ingleses en la guerra de la Independencia; porque sus generales habian sido los mismos de Waterloo; porque en el Congreso de Viena no estuvieron los vencedores de San Marcial y de Bailen.

Inmediatamente que se presentó la restauracion de la casa de Borbon, infundimos el mismo recelo; nosotros empezamos á representar para la Inglaterra el papel del peligro, de la eventualidad,

del porvenir, de ser de nuevo aliados de la Francia. Nosotros no éramos bastante fuertes para ser neutrales, y la debilidad nos hizo ser más miseros, mas débiles todavía: y en efecto, señores, las previsiones y las tendencias eran fundadas, y poco habia de tardar en ocurrir en la invasion francesa de 1823; y la invasion extranjera se debia considerar como un equivalente en ese libro de cuenta abierta entre las dos naciones, la pérdida de nuestras colonias, el manejo de los ingleses para hacernos perder para siempre sin indemnizacion ninguna el continente americano.

Señores, puede ser que estas reflexiones aparezcan intempestivas; yo las habia hecho presentes al Congreso como preliminares de las esperanzas que yo habia concebido al inaugurarse la nueva era constitucional: estas instituciones, que al sentir de algunos debilitan la fuerza de las naciones, á mi modo de ver debian abrir en España una nueva era diplomática; debian inaugurar un nuevo periodo de alianza y de nacionalidad, que nos hicieran bastante fuertes para ser neutrales, y bastante neutrales para que no hubiera peligro nunca que pudiera impedir que nuestro territorio se redondeara. La intervencion del Parlamento en el gobierno del pais debia hacer propender los consejos del Gobierno español á una política diferente. á los ojos de Europa, de esos enlaces de familia de que habiamos sido víctimas, y que nos diera entrada franca en el derecho comun, en los caminos de la libertad y de la industria, con el rompimiento de los veneros y minas de prosperidad que al abrigo de las instituciones liberales debian desenvolver bastantes elementos de fuerza para que lleguemos á conseguir alguna vez esa nacionalidad á que tantos siglos hace aspiramos. Todo concurría á esto; las antipatías mismas, los recuerdos tristes que habian dejado las dominaciones extranjeras, eran un poderoso elemento de nacionalidad. La Europa estaba interesada grandemente en que la España no fuera patrimonio de la Francia ni de la Inglaterra, y las disidencias mismas de estas dos naciones, aunque encubiertas bajo la frágil tela de la diplomacia que se llama la inteligencia cordial, contribuirían poderosamente á este resultado: la no intervencion en la guerra que afortunadamente se habia declarado en favor de la pa-

tria, y que entonces habia dicho *nunca*, aunque despues, cuando nos vió salvos, dijo *siempre*.

Y en fin, señores, para colmo de la situacion, para complemento de estas esperanzas nos quedaban dos enlaces principales, cuyos enlaces podrian representar en el pais á la nacionalidad ligada á la Francia ó á la Inglaterra, ó una alianza que sin ser inglesa ni francesa, representara la fraternidad europea, esa comunidad de intereses que hace tanto tiempo que estamos aguardando y que no sé si ninguno de los Gobiernos se ha ocupado de ella; porque, señores, mientras no estemos representados debidamente en la diplomacia europea, no podemos tener independencia ni libertad; y elementos de esto eran los enlaces de nuestras dos Princesas. Pero, señores, ¿se ha hecho algo de esto? ¿Nuestra diplomacia ha llamado por ventura en alguna de las puertas que, para abrirse, no necesitan más sino que se las empujara un poco? ¿Hemos pasado algo de ese Sena, que parece un valladar europeo? ¿Hemos salido fuera de París, donde parece está el límite de nuestras relaciones? ¿Hemos ido al Danubio, al Spreé donde tiene amigos nuestra soberana, donde tiene alianzas que es necesario renovar? ¿Se ha hecho algo en nombre de los intereses diplomáticos, generales, elevados y útiles de esta nacion? ¿Los hombres de Estado han mandado siquiera un explorador para tantear el medio de renovar esas alianzas que están deseando abrirse las puertas de esta Península? No, señores; yo no sé á lo menos que en ningun Gobierno haya entrado ese pensamiento; yo no sé que hayan tenido pensamiento ninguno: siempre la Francia, como si no hubiera más Europa, como si no hubiera más mundo. Siempre esa alianza que ahora vuelve á reproducirse. Pero, señores, tengo que hacer una observacion en este punto. Esta alianza que nos ha sido tan funesta; esta alianza que no nos ha sido nunca provechosa; esta alianza, que destruye el equilibrio europeo, que da la razon á nuestros adversarios, que no nos da alianzas con los gobiernos del Norte, que no procura reconciliarnos con ellos, que procura tenernos oscurecidos, aislados detrás de su inmensa pantalla; esa alianza que se pretende estrechar, nunca ha pasado de alianza de Gabinetes de reyes, á

quienes pudo exigir responsabilidad la historia. Ahora exige una cosa que no se ha exigido nunca, el asentimiento del Parlamento, el asentimiento del pais. Si esto es lo que significa el mensaje en la parte á que aludo, yo conjuro, yo ruego, yo exhorto á los señores Diputados á que pesen en sus conciencias toda la trascendencia de esta singular declaracion.

Si todavía, señores, las consecuencias de esta alianza, en la desgraciada eventualidad que cabe en lo posible, compensara los males que puede traer, yo la daria mi franco asentimiento. Si las circunstancias del pais, si las circunstancias de la Europa, si los intereses actuales hubieran variado esta posicion, yo no tendria derecho á juzgar de lo futuro por la historia lastimosa de lo pasado. Pero yo veo en las consecuencias lo mismo que en los precedentes, ora las examine en circunstancias de paz, ora las examine en nuestro gobierno interior, ora las examine en nuestros disturbios políticos. ¿Qué nos da una estrecha alianza francesa en la diplomacia actual? Lo que siempre; la imposibilidad de inaugurar esa política que algun dia debe inaugurarse; la imposibilidad de aspirar á la dilatacion de nuestro territorio; la imposibilidad de tener una marina; la continua incertidumbre sobre la posesion de nuestras colonias. La Inglaterra se creará siempre fuerte en nombre del derecho de gentes contra la alianza de Francia y España. La Inglaterra unida con la Francia no puede tener ningun temor de que se rompa el equilibrio europeo. En otro caso, señores, la Inglaterra nos arruinará en la guerra; la Inglaterra no nos dejará prosperar en la paz. Pero, señores, ¿qué paz será esa? Será la eterna lucha en que hemos vivido, de si la política de Luis XIV ha de llegar á los Algarbes, ó el tratado Methwen á los Pirineos; la eterna lucha en que la España sea el Portugal de la Francia; y los ingleses querrán llevar el Tajo hasta el Vidasoa. ¿Es este el porvenir venturoso de que se pueden felicitar los Diputados en el mensaje? Las cuestiones interiores que nosotros creíamos, que nosotros esperábamos quedarian ahora terminadas, de ninguna manera se podrá decir están ventiladas despues de estos gloriosos enlaces.....

Señores, todo lo que se puede pensar decorosamente, se puede

decir aquí y no en parte ninguna. Nosotros podemos dar lugar á que en una eventualidad desgraciada, podemos dejar, digo, á nuestra posteridad tres pretendientes á la corona de España con tres partidos que se unirán cada uno de ellos con tal potencia extranjera, que es lo peor. El Congreso acaba de oír la primera manifestacion de una de esas pretensiones. Señores, ya no basta que nosotros creamos que los derechos de que se trata, están claros; no basta que esas protestas fundadas en los tratados no obligan á la España; para mí el tratado de Utrech no es mirado con una veneracion religiosa; como obligacion, le respeto; pero es obligacion muy pesada; nada tiene de decorosa para nosotros: yo me felicito de que sean otros los que le quebranten y le anulen; es una página más en la historia lastimosa de nuestra diplomacia. ¿Pero es esta la cuestion, señores? ¿Qué era la *Pragmática* de Felipe V? ¿Qué eran los derechos á la corona en favor de D. Carlos? Sin embargo, ese pretexto bastó para una guerra de siete años. No basta que los derechos estén claros; es necesario quitar esos pretextos que pueden ocasionar una guerra. Las guerras fueron antes civiles, y tuvimos la fortuna de que no se mezclaran en ellas los extranjeros; ahora se presentaria uno de esos candidatos en la frontera, y donde estuviera uno, tendrian derecho á estar los demás.

En las revoluciones, señores, sucedo lo mismo; nuestras revoluciones, por desgraciadas que hayan sido, han dejado intacta la nacionalidad; los gobiernos extranjeros, si han simpatizado más con un partido que con otro, han tenido la hipocresía de ocultarlo; pero si por desgracia se reprodujeran las tentativas revolucionarias, tendríamos, además de esa calamidad, la otra mayor de las intervenciones. ¿Es esta por ventura la garantía que se proclama como ventajosa? Señores, las consecuencias de esto serian tristes: en ese caso seria menester para no ser revolucionario no ser buen español. ¿También el orden ha de venir de fuera? ¿También la legalidad? ¿También la Constitucion? También entonces la revolucion seria extranjera. Señores, á mí se me presenta un porvenir demasiado oscuro; pende de alguna eventualidad que nos veamos rodeados de mil peligros; veo que caminamos á pasos agigantados á

un precipicio. Presiento para mi patria la pérdida de nuestra nacionalidad; presiento para mi patria una suerte tan funesta como la de la Polonia. No bastará ser valientes, señores; que valientes eran Sobieski y Kociusko, y se perdió la nacionalidad polaca; se perdió, señores, por faltas de su Gobierno: porque cuestan más lágrimas las faltas de los Gobiernos, que la sangre vertida en las batallas. Señores, ¡ay de nuestra memoria el día que se dijera *la Polonia del Mediodía!* ¡Ay de nuestro nombre el día que nuestros hijos, aunque fuera dentro de un siglo, tuvieran que ir á buscar á Varsovia y á Wilna á representar el papel que los desgraciados polacos en Lóndres y en París!

Señores, estos sentimientos podrán parecer exagerados; todos los sentimientos lo son, todos lo parecen; sin embargo, son hijos algunos de una meditacion profunda, de una fria y larga meditacion; y así como otras veces he profetizado males, que por desgracia se han realizado, no querría, señores, que en esta se cumplieran los que vaticino. Al dirigir desde estos bancos acaso las últimas palabras, porque las últimas palabras dicen los hombres que se inutilizan, no lo hago por temor; hago de ellas el único homenaje que puedo hacer á mi reina, á mi patria y á mis cólegas de representacion nacional; solo les ruego que recuerden una cosa, á saber: que en esta agitacion, en esta sucesion de los partidos todo lo hemos olvidado, todos nosotros hemos echado un velo sobre todas las opiniones; unas veces nos hemos reconciliado con los carlistas, otras con los progresistas, otras hemos sido todos moderados; solo una cosa no ha perdonado todavía la nacion, que es á un partido que ha quedado proscrito para siempre por anti-nacional. Yo, señores, sé que no se reproducen las cosas de una misma manera; pero no puedo consentir sin protestar contra ello, que en las tribunas extranjeras al hablar de nuestros partidos se denomine á uno con el título de francés. Es necesario que se sepa que no hay partido francés ni inglés: podrá haber individuos; pero grandes masas, asociaciones en la nacion, no: no las habia en tiempo de Napoleon, durante el apogeo de sus glorias, ¿puede haberlas cuando dominan hombres que son pigmeos al lado de aquel gigante?

En estas últimas y sinceras palabras una cosa tengo que rogar al Congreso con toda la intension de mis convicciones y de mis sentimientos; que al votar ese mensaje no se figuren que van á decidir para el caso del fallecimiento de la reina, sino que se representen á sí mismos en el lecho de la muerte, en la hora de la agonía, y declarando entre sus hijos en aquel momento supremo la herencia política que legará á la posteridad, el porvenir que legará al país.

DISCURSO DEL SEÑOR DONOSO.

SEÑORES:

EL señor Pastor Díaz, al comenzar su elocuentísimo discurso, ha indicado una cosa contra la cual debo protestar. S. S. ha supuesto que en estos bancos podía haber diputados que esquiváran esta discusión: yo, señores, creo que en estos bancos no hay ningún diputado que no quiera que esta discusión sea tan amplia y tan extensa como conviene á los intereses del país y á los de la corona. De mí sé decir que la deseo amplia, que la deseo extensísima, y que puesto que el señor Pastor Díaz quiere discutir, estoy dispuesto á discutir: discutamos.

Ante todas cosas, señores, porque conviene siempre hablar primero de aquello en que estamos de acuerdo que de aquello en que nos diferenciamos algún tanto, permítame el Congreso que